OPINIÓN

Anne Carson, Nobel de Literatura 2026

Por Nieves R. Méndez · 12 de octubre de 2026 · 5 min de lectura



Muchos escritores pasan buena parte de su vida construyendo una figura pública a la altura de sus libros, pero este no es el caso de Anne Carson, premiada con el Nobel de Literatura de 2026. Poeta, ensayista, traductora y estudiosa de los clásicos, ha hecho de la escritura un rincón donde refugiarse de la literatura y, desde allí, pensar con libertad. La misma que parece haber perdido, momentáneamente, con el premio que la ha colocado en el centro de la escena, dejando a todos atónitos cuando ha expresado que lo que parece desear es justo volver a salir de ella.

El mundo quiere saber quién es esa tal Anne Carson, qué piensa, qué significa su obra y cómo recibe el reconocimiento más codiciado de la literatura. Ella, en cambio, parece más interesada en lo que va a suceder cuando el *boom* mediático acabe: el dinero que está planeando donar a “Médicos Sin Fronteras”, la posibilidad de ayudar a un amigo que necesita una casa, pero, sobre todo, recuperar el tiempo propio y volver al silencio que le permita volver a escuchar su voz interior y seguir escribiendo. Y esto me parece fascinante porque, aunque no nos hubiéramos leído ni uno solo de sus libros, podríamos reconocer estar frente a una mujer que no parece dispuesta a confundir el reconocimiento de su trabajo con la obligación de convertirse en un personaje público.

Carson nació en Toronto en 1950 y, a pesar de que ha escrito poesía, ensayo, traducción y narrativa, ha sido la literatura griega la que ha ocupado un lugar central en su trabajo, destazándola y revisitándola para hacerla dialogar con el presente a través de mitos y textos que, en su pluma, han dejado de ser piezas tradicionales y han recuperado algo de su antigua capacidad de inquietar.

En “Eros, dulce y amargo” (1986), Carson explora el deseo a través de la poesía de Safo y de la paradoja que encierra su propia naturaleza: aquello que nos atrae también nos distancia de lo que anhelamos. Entendido como una fuerza contradictoria, el deseo se sitúa entre el conocimiento y la ignorancia, la cercanía y la pérdida, el placer y el sufrimiento. Carson no trata de resolver estas tensiones, sino de mostrar cómo los opuestos se necesitan y se contienen, revelando la complejidad de la experiencia humana y los límites de nuestra capacidad para comprenderla.

Esa misma resistencia aparece en “La belleza del marido” (2001) donde Carson indaga en el matrimonio, la infidelidad y la persistencia del amor incluso cuando los motivos para sostenerlo parecen haberse desvanecido. La experiencia femenina no se presenta como una demostración ni como un relato del que extraer una enseñanza moral sino que se mueve, más bien, entre la lucidez y el autoengaño, entre lo que sabe y aquello que, pese a saberlo, no puede dejar de desear. Y ahí es donde reside una parte importante de su relación con el feminismo, no tanto en la voluntad de transmitir un mensaje como en la libertad que concede a sus personajes y a sus voces.

En este sentido, el legado de Carson se vuelca en la traducción y transformación de las imágenes de mujeres cuya experiencia ha quedado subordinada a los relatos de otros como figuras de deseo, víctimas, musas o personajes destinados a confirmar una idea sobre el amor y la virtud.

Su lectura de Safo, por ejemplo, resulta significativa debido al carácter fragmentario de su obra, haciendo de los retazos una forma de pensamiento integral sin pretender completar lo que falta. Esta actitud se prolonga en “Nox” (2010), el libro que compuso a partir de la muerte de su hermano reuniendo fotografías y cartas en una obra que se resiste a convertir la pérdida en un relato más, acercándose sin miedo a lo que queda, aceptando que solo queda una distancia insalvable.

Carson es cruda, realista, oscura, profunda, incómoda.

Su literatura no ofrece consuelos fáciles ni verdades absolutas o moralizantes sobre cuestiones que no se resuelven porque hayan sido pensadas durante siglos, consciente de que cada época tiene que volver a ellas. Para las mujeres que escriben hoy, la posición de Carson tiene un interés que va más allá y esto nos permite pensar en otra posibilidad. Una escritora puede intervenir en la tradición, modificar la manera de leerla y ampliar lo que la literatura permite decir sobre la experiencia de las mujeres sin tener que convertirse en portavoz de una causa, puede escribir desde su condición sin estar obligada a explicarla continuamente y puede mantener una relación profunda con el mundo sin hacer de su vida privada una extensión de su obra pública. Su obra no necesita que ella interprete el papel de Anne Carson, su obra le permite ser quien es.

En mi opinión, esto es, quizá lo más revelador del Nobel este año, presentarnos a una escritora que se debe a su corazón, a su trabajo y no a una entelequia, ni a una idea abstracta de la literatura, ni a la aprobación pública, ni a encarnar la imagen de una mujer ajustada a los ideales de belleza y perfección que impone la mirada pública; sino a esa tarea que continúa cuando se apagan los focos y al silencio que queda después: **a escribir**.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/anne-carson-nobel-de-literatura-2026
Descargado el 21 de noviembre de 2026.